

PERMANENCIA DE RAFAEL ARROYO EN NUESTRA MEMORIA Y EN NUESTRO CORAZÓN

La primera semana de junio concluía al tiempo que los asuntos habituales en el cierre de un curso que había sido pródigo en acontecimientos académicos y personales. Rafael Arroyo se disponía a iniciar las vacaciones tras un breve periodo en la Universidad de Verano de la Habana. Nada hacía suponer que en su tierra manchega natal encontraría un final tan inesperado y absurdo y que nos dejaría a todos tan solos. La muerte de un amigo, sobre todo cuando ésta se produce en plena juventud, suele ser una oportunidad para ensalzar los méritos de quien nunca los ha tenido o para enmascarar los defectos con la tristeza de la muerte. En el presente caso, los primeros están tan presentes en el ánimo de todos los que le conocieron que resulta estéril insistir en ellos. Ha sido, desgraciadamente, una corta trayectoria: Veinte años en esta Facultad de Derecho, quince de los cuales hemos estado estrechamente unidos en éxitos y fracasos, sobre todo en las labores de gestión universitaria que han estado siempre compartidas. En ellas componíamos juntos un equipo eficaz. Yo ejercía un determinado papel (por supuesto el de autoritario e intransigente) y Rafael Arroyo el radicalmente contrario, por descontado que el de bueno, porque era imposible, ni siquiera por simulación, que pudiera adoptar otro. Cuando el azar (en figura de Consejero) nos apartó de determinados caminos emprendidos conjuntamente, yo me contentaba con un la liberación de pesadas, molestas y poco rentables cargas, pero él dejaba atrás una estela de amigos que le querían entrañablemente como muestra la asistencia en este acto homenaje.

No es difícil suponer que en estos últimos años hayamos vivido juntos todo género de experiencias, desde momentos profesionales difíciles hasta otros pletóricos de ilusión y de proyectos y de realizaciones en común: como olvidar las horas dedicadas a ofrecer soluciones favorables a extradiciones inevitables, restituciones de menores a progenitores cargados de razón o cuadraturas del círculo en materia de nacionalidad, que han permitido candidaturas a alguna Presidencia de República latinoamericana. No tengo conciencia de haber discutido seriamente con Rafael Arroyo ninguna vez y, cuando ocasionalmente surgía alguna discrepancia, siempre era fácil alcanzar un acuerdo, revelador del buen entendimiento y confianza existente entre nosotros. Siempre aparentaba asombrarse por mi natural carácter, fingía una santa resignación o procedía a un hábil escaqueo táctico que le dio gran notoriedad. Tenía la virtud de no tomar por lo trágico los inconvenientes y problemas que inevitablemente van surgiendo en el quehacer diario de un Departamento que vive la transición de una Universidad de profesores a una Universidad de rectores, que no es equivalente a Universidad de buenos gestores. Sin embargo, estoy seguro que era él, con su paciencia y buena disposición, quien más contribuía a crear el ambiente de convivencia idóneo.

La personalidad de Rafael Arroyo transcendía el terreno académico y profesional con ser éste importante para él y no regatearle tiempo. Decir simplemente que Rafa Arroyo era persona de gran humanidad, sería faltar a la verdad. Era para sus amigos y compañeros (y para los que no lo eran) alguien con el que siempre se podía contar, que no sólo ponía a disposición de quien lo solicitaba su exiguo patrimonio, sino que aportaba lo más valioso con que podía contribuir: su tiempo, su experiencia de una vida que no le fue nada fácil y su conocimiento de Derecho internacional privado (que muchas veces ocultaba por una suerte de falso pudor). Por las noches en su casa, ante la paciencia de Elvira, atendía el teléfono y escuchaba las quejas y las congojas de unos o tomaba buena nota de las pretensiones de otros. Naturalmente el teléfono sonaba cuando su equipo favorito, el Barsa, salía al terreno de juego. Era tan habitual dirigirse a Rafa en busca de buen consejo (que, como es natural, nunca era observado) que llegó a convertirse para el colectivo en un verdadero consejero académico-sentimental. En el ánimo de todos están sus ripios de las mañanas, a la hora del Café de Emilio: -“al teléfono Zamora, nunca menos de una hora” -“y si quien llama es Aurelia, nunca menos de hora y media”.

Siempre dispuesto a solidarizarse con causas justas, muchas veces perdidas, aunque le ocasionaran problemas. En ocasiones era crítico, sobre todo con sus correligionarios políticos de la Facultad, aunque empezaba por serlo consigo mismo: Pero siempre vivió en una coherencia profunda hacia sus ideales de libertad y de progreso y a su clase, a los que nunca traicionó y de

los que se sentía profundamente orgulloso. Jamás abandonó su vivienda de Aluche ni a sus amigos de Almagro y del Sokoá, institución ésta, testigo de todas las etapas de su vida madrileña, que acogió a los desconsolados amigos que allí acudieron el día de su fallecimiento para estar más cerca de él.

Ha sido la vida de Rafael Arroyo una vida dedicada a hacer feliz a los demás, incluida a su familia, que le amaba profundamente, y a sus compañeros, de quien siempre recibieron atenciones y ayuda con una sonrisa y sin ninguna demostración de las dificultades que estas pudieran suponer. Con frecuencia los fines de semana acogía en su casa a profesores noveles que solicitaban de él consejos diáfanos y aclaraciones precisas en torno a un programa que aún no habían hecho suyo. Jamás me dijo nada, ni realizó juicio de valor alguno acerca de las ingenuas cuestiones que le sometían y que no se atrevían a plantear a otros: su manera de ser le hacía incapaz hablar mal de nadie.

No era Rafa, en efecto, una representación de un tipo de profesor complutense que proliferó en los años setenta y parte de los ochenta, que hoy está en fase de extinción (merced a los esfuerzos de Gerardo Redondo) y que tanto desconcertaba a los provincianos que veníamos a la capital con la absurda pretensión de enseñorearnos “del mundo intersideral en gran parte ignoto” (en frase apócrifa de algún discípulo de Clemente de Diego). El diente demográfico, al decir de algún cursi, estaba entonces en su máximo apogeo y las necesidades de profesorado hacían proliferar las posibilidades docentes y, por ende económicas, y disminuir, paralelamente, la redacción de tesis doctorales. ¡Difícil equilibrio, ciertamente!, sobre todo cuando se está comenzando a pagar la entrada de un piso. Rafa tuvo que optar y optó por el camino más ingrato. Pero su esfuerzo se vió compensado con su entrada en la Academia por la puerta grande.

Sin embargo, el carácter atípico de Rafael Arroyo, su total ausencia de vanidad, influiría decisivamente en su carrera posterior. Tuvo ocasión de introducirse en la compleja singladura de la Cátedra, y bien es verdad que le animé a ello en su momento, pero prefirió elegir otros valores dignos de protección como la propia carrera, sanitaria y académica, de su mujer, o la conservación de su propio entorno profesional y de amistadas. Fue una opción meditada y responsable y no un abandono. La prueba es que no dejó nunca su quehacer diario, ciertamente anárquico y muchas veces incomprendido desde posiciones supuestamente ortodoxas. En su ordenador quedaron varios trabajos a punto de finalizar que aparecerán este año en publicaciones de la especialidad. Había quedado cautivado por las consecuencias de la globalización para el Derecho internacional privado y en su mesa de noche quedó abierto un libro muy querido para mí y que fue su postrer lectura.

Se nos ha ido Rafael Arroyo con una importante obra científica detrás de sí y precisamente las Jornadas que se inician esta tarde en su memoria sobre “El Derecho internacional privado en la doctrina de la Dirección General de los Registros y del Notariado”, podrán de relieve la gran verdad de esta afirmación al igual que los tramos de investigación obtenidos que atestiguan, dentro de las frías estadísticas ministeriales, tal actividad. El colectivo de Derecho internacional privado sabe muy bien de su conocimiento profundo de importantes sectores de nuestro ordenamiento, como lo saben muy bien los doctorandos a los que dejó huérfanos.

Pero las cualidades de Rafael Arroyo también se proyectaron en su quehacer docente. No es frecuente que los alumnos universitarios elijan un padrino de promoción y cuando lo hacen están muy seguros de haber acertado en la persona. Rafa era el padrino ideal y constante pese a que, como dijo la prensa nacional el mismo día de su muerte y a propósito de cierta calificación, no era en modo alguno un profesor fácil.

A lo largo de su vida académica Rafael Arroyo postuló los mismos objetivos: la defensa de la Universidad pública en una sociedad democrática y la difusión del Derecho internacional privado español en la medida de sus posibilidades. No sólo queda huérfana la Secretaría del Departamento de Derecho internacional; también queda huérfana la secretaría del Anuario Español de Derecho internacional privado y el Master de Estudios Internacionales recién emprendido por el Departamento.

Era Rafa un universitario y un intelectual brillante y comprometido; un producto tardío de la generación del 68 y, por ende, un crítico demoledor de la generación “X” que combinaba el conocimiento general poco amén en esta Universidad de los umbrales del siglo XXI que le

permitía ser un comentarista profundo todoterreno, con un conocimiento especializado en historia, en pensamiento y en constitucionalismo. Un universitario constructivo muy distinto a los intelectuales destructivos y sumisos a los poderes; un personaje que se inmoló a favor a los demás dando testimonio de una vida ejemplar y bajando a la arena de los problemas reales de la sociedad.

No sé qué vería en mí, pero yo hago público testimonio de su bondad, de su sencillez, y de su distinción, en una sola palabra: de su bonhomía. Hemos pasado años de ilusión en las primeras etapas de nuestra vida profesional, de intercambio de conocimientos y de experiencias, que cristalizaron muy pronto en una colaboración fecunda y permanente de la que ha quedado rastro en obras escritas conjuntamente. De aquel período, y de la convivencia con nuestros colegas y compañeros, quedan muchas anécdotas que siempre nos harán reír y entrañables recuerdos que evocaremos con nostalgia, porque corresponden a un pasado en el que todavía teníamos la sensación de estar viviéndolo todo por primera vez.

Han sido años de los que guardaré un recuerdo imborrable: los mejores años de mi vida profesional. ¡Cómo olvidar tu entrega, fidelidad y amistad por encima de todo! Y no sólo en el ámbito personal, en el del Departamento y, en los últimos tiempos, en la práctica de las relaciones privadas internacionales.

Rafa: Nosotros nos quedamos aquí con tu recuerdo en la memoria y en el corazón.

José Carlos Fernández Rozas
Madrid, 26 de octubre de 2001

Todos los que fuimos sus amigos y compañeros sabemos que es muy difícil hacer justicia con la palabra a las cualidades de Rafael Arroyo Montero:

Rafael Arroyo Montero fue un universitario y profesor de trayectoria personal difícil y meritoria. De origen humilde, hubo de afrontar muchas dificultades para abrirse paso en Madrid y sufragarse los estudios de licenciatura y su acceso a la carrera universitaria. Otros lo tuvimos ciertamente más fácil. Jamás alardeó ni hizo gala de esas dificultades ni de ese mérito. Al contrario, solía bromear con ello, como cuando contaba cómo un día un vecino del pueblo le decía a otro: “Mira el Rafael Arroyo, que se ha hecho “abogao” en Madrid”, Y ese otro le corregía. “Abogao no, que es el que enseña a los “abogaos” allá en Madrid”.

Algo de su difícil camino en la vida, y de su propio éxito, debe estar en la base de su generosidad. La generosidad de Rafael Arroyo era proverbial en muchos sentidos, y a veces difícilmente explicable. Quizás debía de tener presentes sus propias vicisitudes. Los que trabajamos más cerca de él, sabemos que "Asser" no sólo es el apellido de un célebre internacionalista holandés. “Asser” era una especie de coeficiente de caja, un fondo permanente de ayuda económica para imprevistos que siempre estaba al alcance de quien lo necesitara. Y debía su nombre a que entre las páginas de un libro de T.M.C. Asser solía dejar Rafael Arroyo algunos billetes procedentes del pago de una reseña bibliográfica o de alguna conferencia, que quedaban afectados al uso y las necesidades colectivas. Pero su generosidad no solo era económica, sino, sobre todo, personal. Rafael ha sido amigo, consejero y paño de lágrimas de todos los compañeros, alumnos, familiares y bicho viviente que haya pasado por aquí. Pero, además, ha sido protector y ángel de la guarda de muchos de ellos. Tanto en su quehacer como profesor o desde los cargos académicos que han desempeñado, los deudores a los favores que ha hecho Rafael Arroyo se cuentan por centenares.

Desplegaba, además, una rara sabiduría. Esa sabiduría castiza que los cursis llaman ahora “inteligencia emocional” o “empatía”. Veía las cosas con agudeza y picardía, unos segundos antes que cualquier otro, y hacía gala de su pueblo natal, Almagro, porque en sus juicios y en su percepción de la realidad asomaba por igual la sabiduría popular de Sancho y la elegancia de los personajes del teatro clásico español de Calderón, Tirso de Molina o Lope de Vega, muchos de cuyos versos conocía de memoria. Y aplicaba esa sabiduría para, muchas veces, desarmar los adornos del pensamiento científico y ponen las cosas en su verdadera y justa medida, en su prosaica realidad. Por eso conversar con él de cualquier cuestión jurídica, política o social siempre resultaba una experiencia enriquecedora.

Pero si hay una virtud que destacaba sobre todas era su lealtad. Decir que Rafa era amigo de sus amigos es decir muy poco. La amistad no era para él una circunstancia de la vida, era algo que buscaba, valoraba y mimaba. Era un ser gregario y social que buscaba siempre la asociación y la comunicación con otras personas, para dar cauce a sus preocupaciones políticas, filosóficas o puramente personales. Se comprometía participando en organizaciones variopintas y siempre aparecía como un miembro fiel. La misma lealtad que siempre tuvo a sus ideas de izquierdas, se multiplicaba por cien cuando se trataba de la fidelidad a los amigos, al maestro o a los compañeros. Y, desde luego, no cabe duda de que la fidelidad a sus ideas no le impidieron granjearse amigos de todos los pelajes. Tal era su condición.

Me gustaría, finalmente, rememorar su sentido del humor. Gustaba Rafa de las anfibologías, los dobles sentidos, los juegos de palabras, la greguería y la ironía inteligente. Había que estar alerta ante su ingenio, pues cualquier comentario ingenuo lo convertía vertiginosamente en un dardo arrojado, en una invitación a la respuesta aún más ocurrente. Y aunque pueda parecer anecdótico, era uno de sus rasgos que más admiración provocaba y más grata hacía su compañía.

Con estos retazos solo se apunta débilmente lo que hizo de Rafa Arroyo un amigo tan entrañable para tantos de nosotros. Muchos van a perdonar que no sepamos expresarlo como merece, pues lo conocieron, y saben a ciencia cierta qué sentimiento es el que tratamos de expresar, porque lo compartís.

No es el mundo universitario, contra lo que puedan creer los profanos, un escenario limpio de miserias. Pese a su corta estatura, por encima de todas esas miserias siempre sobresaldrá la talla humana de Rafa Arroyo. Sus virtudes, la esencia entrañable de su carácter, explica nuestra consternación. Porque su ausencia nos ha dejado algo huérfanos. Muchos seguimos buscándolo, confiando en que en cualquier instante aparezca sigilosamente tras una esquina, brindándonos algunos de aquellos saludos suyos tan lacónicos como expresivos, y así poder confiarle alguna preocupación o disfrutar de su conversación, de sus ironías y de su afecto.

Lo peor no es que él no esté entre nosotros, porque nunca ha dejado de estarlo. Lo verdaderamente duro – y lo que echaremos tanto de menos - es que nosotros no podamos estar con él.

Sixto A. Sánchez Lorenzo
Madrid, 26 de octubre de 2001